



Ambrose Bierce

Una tumba
Sin Fondo



E LEJANDRIA

A decorative golden winged figure, possibly a cherub or angel, is positioned at the top of the page, behind the author's name. The figure has large, spread wings and a halo-like glow around its head.

Ambrose Bierce

Una tumba
Sin Fondo



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA TUMBA SIN FONDO

AMBROSE BIERCE

PUBLICADO: 1888

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

**EDICIÓN ORIGINAL: GORDIAN PRESS, INC. NEW YORK,
1966**

Me llamo John Brenwalter. Mi padre, un borracho, poseía la patente de un invento para fabricar granos de café con arcilla; pero era un hombre honrado y no quiso jamás dedicarse él mismo a la manufactura. Fue, por tanto, solo moderadamente rico, pues los derechos que le procuraba su invento, verdaderamente valioso, apenas le alcanzaban para sufragar los gastos de los pleitos que sostenía contra los granujas culpables de infringirlo. Así que carecí de muchas de las ventajas de que gozan los hijos de padres deshonestos y sin escrúpulos, y de no haber sido por una madre noble y abnegada, que descuidó a todos mis hermanos y hermanas para supervisar personalmente mi educación, habría crecido en la ignorancia y me habría visto obligado a hacerme maestro de escuela. Ser el hijo predilecto de una buena mujer vale más que el oro.

Cuando yo tenía diecinueve años, mi padre tuvo la desgracia de morir. Había gozado siempre de una salud perfecta, y su muerte, que sobrevino a la mesa sin previo aviso, no sorprendió a nadie más que a él mismo. Aquella misma mañana se le había notificado que se le concedía una patente por un dispositivo para forzar cajas fuertes mediante presión hidráulica, sin ruido alguno. El Comisionado de Patentes lo había declarado el invento más ingenioso, eficaz y meritorio en general que jamás se le hubiese sometido, y mi padre aguardaba, como es natural, una vejez de prosperidad y honores. Su repentina muerte fue, por tanto, para él una honda decepción; pero mi madre, cuya piedad y resignación ante la voluntad del Cielo eran virtudes señaladas de su carácter, se mostró, al parecer, menos afectada. Al concluir la comida, retirado ya del suelo el cuerpo de mi pobre padre, nos llamó a todos a una habitación contigua y nos dirigió estas palabras:

—Hijos míos, el suceso insólito que acabáis de presenciar es uno de los incidentes más desagradables en la vida de un hombre de bien, y uno en el que, os lo aseguro, hallo escaso placer. Os ruego que creáis que no tuve parte alguna en provocarlo. Desde luego —

añadió, tras una pausa durante la cual sus ojos permanecieron bajos, sumidos en honda reflexión—, desde luego es mejor que haya muerto.

Lo dijo con tan evidente conciencia de que se trataba de una verdad de por sí manifiesta, que ninguno de nosotros tuvo el valor de arrostrar su sorpresa pidiéndole una explicación. El gesto de sorpresa que mi madre adoptaba cuando alguno de nosotros se descarriaba en algo nos resultaba en extremo terrible. Un día en que, presa de un arrebató de mal humor, me tomé la libertad de cortarle una oreja al bebé, sus sencillas palabras —¡John, me sorprendes!— se me antojaron una reprimenda tan severa que, tras una noche en vela, fui a verla llorando y, arrojándome a sus pies, exclamé: —Madre, perdóname por haberte sorprendido. Así que todos nosotros —incluido el bebé de una sola oreja— sentimos que sería más llevadero aceptar sin discusión la afirmación de que, de algún modo, era mejor que nuestro querido padre estuviese muerto. Mi madre continuó:

—Debo deciros, hijos míos, que en un caso de muerte repentina y misteriosa, la ley exige que venga el juez de instrucción, corte el cuerpo en pedazos y los someta a un número de hombres que, tras examinarlos, declaren difunta a la persona. Por ello el juez de instrucción cobra una suma considerable de dinero. Deseo evitar en este caso tan penosa formalidad; es una que nunca contó con la aprobación de... de los restos. John —aquí mi madre volvió hacia mí su rostro angelical—, tú eres un muchacho instruido, y muy discreto. Tienes ahora ocasión de mostrar tu gratitud por todos los sacrificios que tu educación ha impuesto al resto de nosotros. John, ve y elimina al juez de instrucción.

Inefablemente complacido por esta prueba de la confianza de mi madre, y por la ocasión de distinguirme mediante un acto tan acorde con mi disposición natural, me arrodillé ante ella, llevé su mano a mis labios y la bañé con lágrimas de sensibilidad. Antes de las cinco de aquella tarde ya había eliminado al juez de instrucción.

Fui detenido de inmediato y arrojado a la cárcel, donde pasé una noche sumamente incómoda, incapaz de dormir por las blasfemias de mis compañeros de celda, dos clérigos cuya formación teológica les había dotado de una fecundidad de ideas impías y un dominio del lenguaje blasfemo por completo sin parangón. Pero, ya hacia el amanecer, el carcelero, que dormía en una habitación contigua y se hallaba igualmente perturbado, entró en la celda y, con un juramento terrible, advirtió a los reverendos caballeros de que, si oía más blasfemias, su sagrado ministerio no le impediría echarlos a la calle. A partir de entonces moderaron su conversación censurable, sustituyéndola por un acordeón, y yo dormí el sueño apacible y reparador de la juventud y la inocencia.

A la mañana siguiente me llevaron ante el juez del Tribunal Superior, que actuaba como magistrado instructor, y se procedió a mi examen preliminar. Me declaré no culpable, añadiendo que el hombre a quien había asesinado era un demócrata notorio. (Mi buena madre era republicana, y desde mi más tierna infancia me había instruido cuidadosamente en los principios de un gobierno honrado y en la necesidad de suprimir la oposición faccionaria.) El juez, elegido gracias a una urna republicana de fondo corredizo, se mostró visiblemente impresionado por la contundencia de mi alegato y me ofreció un cigarrillo.

—Con la venia de su señoría —comenzó el fiscal del distrito—, no juzgo necesario presentar prueba alguna en esta causa. Con arreglo a la ley del país, su señoría actúa aquí como magistrado instructor. Es, por tanto, deber suyo cometer. Tanto el testimonio como el argumento implicarían una duda sobre la intención de su señoría de cumplir con su deber jurado. Esa es mi exposición.

Mi abogado defensor, hermano del difunto juez de instrucción, se levantó y dijo: —Con la venia del tribunal, mi ilustre colega de la parte contraria ha expuesto tan bien y con tanta elocuencia el derecho aplicable a este caso, que solo me resta preguntar en qué medida se ha cumplido ya con él. Es cierto que su señoría es magistrado instructor, y que, como tal, es su deber cometer... ¿qué?

Cuestión que la ley, sabia y justamente, ha dejado a su propio criterio, y sabiamente ha cumplido usted ya con toda obligación que la ley impone. Desde que conozco a su señoría, usted no ha hecho más que cometer. Ha cometido cohecho de jurados, hurto, incendio, perjurio, adulterio, asesinato: todos los delitos del calendario y todos los excesos propios de los sensuales y depravados, incluido mi ilustre colega, el fiscal del distrito. Ha cumplido usted enteramente su deber de magistrado instructor, y como no existe prueba alguna contra este digno joven, mi cliente, solicito que sea puesto en libertad.

Sobrevino un silencio impresionante. El juez se levantó, se puso el birrete negro y, con voz temblorosa de emoción, me condenó a la vida y a la libertad. Luego, volviéndose hacia mi abogado, dijo, fría pero significativamente:

—Ya nos veremos.

A la mañana siguiente, el abogado que con tanta conciencia me había defendido de la acusación de haber asesinado a su propio hermano —con quien había tenido una disputa por unas tierras— había desaparecido, y hasta el día de hoy se ignora su suerte.

Mientras tanto, el cuerpo de mi pobre padre había sido enterrado en secreto, a medianoche, en el patio trasero de su difunta residencia, con sus difuntas botas puestas y el contenido de su difunto estómago sin analizar. —Él era contrario a la ostentación —dijo mi querida madre, mientras terminaba de apisonar la tierra sobre él y ayudaba a los niños a esparcir paja por el lugar—; sus instintos eran enteramente domésticos, y amaba la vida tranquila.

La solicitud de mi madre para obtener la carta de administración de la herencia declaraba que tenía buenas razones para creer que el difunto estaba muerto, pues no había vuelto a casa a comer en varios días; pero el juez del Tribunal de Testamentarías —al que ella, en adelante, llamó siempre con desprecio el Tribunal de Carroña— decidió que la prueba de la muerte era insuficiente, y puso el patrimonio en manos del Administrador Público, que era su yerno.

Se comprobó que el pasivo se equilibraba exactamente con el activo; solo quedaba la patente de un artefacto para forzar cajas fuertes sin ruido, mediante presión hidráulica, y esta había pasado a ser propiedad del juez de Testamentarías —el Juez de Carroña, como prefería deletrearlo mi querida madre— y del Administrador Público. Así, en el espacio de unos pocos meses, una familia digna y respetable quedó reducida de la prosperidad al crimen; la necesidad nos obligó a ponernos a trabajar.

En la elección de nuestros oficios nos guiamos por diversas consideraciones, tales como la aptitud personal, la inclinación, y así sucesivamente. Mi madre abrió un selecto colegio privado para la enseñanza del arte de cambiar las manchas de las alfombras de piel de leopardo; mi hermano mayor, George Henry, que tenía disposición para la música, se hizo corneta en un asilo de sordomudos vecino; mi hermana, Mary Maria, se dedicó a tomar pedidos de la Esencia de Llavines del profesor Pumpnickel para aromatizar manantiales minerales, y yo me establecí como ajustador y dorador de travesaños de horca. Los demás niños, demasiado pequeños para trabajar, siguieron robando pequeños artículos expuestos ante las tiendas, tal como se les había enseñado.

En nuestros ratos de ocio, atraíamos con engaño a los viajeros hasta nuestra casa y enterrábamos los cuerpos en un sótano.

En una parte de este sótano guardábamos vinos, licores y provisiones. A juzgar por la rapidez con que desaparecían, llegamos a la creencia supersticiosa de que los espíritus de las personas allí enterradas venían a altas horas de la noche y celebraban un festín. Lo cierto, al menos, es que con frecuencia, por la mañana, encontrábamos fragmentos de carnes en escabeche, conservas enlatadas y otros desperdicios semejantes esparcidos por el lugar, aunque este había quedado firmemente cerrado con llave y tranca contra toda intrusión humana. Se propuso retirar las provisiones y guardarlas en otro sitio, pero nuestra querida madre, siempre generosa y hospitalaria, dijo que era mejor sufrir la pérdida que arriesgarse a que se descubriera todo: si se negaba a los fantasmas

esa pequeña satisfacción, podrían promover una investigación que echaría por tierra nuestro reparto del trabajo, desviando las energías de toda la familia hacia la única industria que yo ejercía: podríamos acabar todos decorando los travesaños de las horcas. Acatamos su decisión con sumisión filial, en virtud de la reverencia que nos inspiraban su sabiduría mundana y la pureza de su carácter.

Una noche, mientras estábamos todos en el sótano —nadie se atrevía a entrar solo en él—, dedicados a dispensar al alcalde de un municipio vecino los solemnes oficios del entierro cristiano, mi madre y los niños más pequeños sosteniendo cada uno una vela, mientras George Henry y yo trabajábamos con pala y pico, mi hermana Mary Maria profirió un grito y se cubrió los ojos con las manos. Todos nos sobresaltamos terriblemente y las exequias del alcalde quedaron al instante suspendidas, mientras que, con el rostro pálido y voz temblorosa, le rogábamos que dijera qué la había alarmado. Los niños más pequeños estaban tan agitados que sostenían las velas con mano insegura, y las sombras oscilantes de nuestras figuras danzaban sobre las paredes con movimientos torpes y grotescos, y se arrojaban en las actitudes más siniestras. El rostro del muerto, ora resplandeciendo lívido bajo la luz, ora apagado por alguna sombra fugaz, parecía en cada aparición haber adoptado una expresión nueva y más torva, una amenaza más maligna. Más asustadas aún que nosotros por el grito de la muchacha, las ratas corrían en tropel de un lado a otro, chillando agudamente, o punteaban la negra opacidad de algún rincón lejano con ojos fijos, meros puntos de luz verde, que hacían pareja con la tenue fosforescencia de la putrefacción que llenaba la tumba a medio cavar y que parecía la manifestación visible de aquel tenue olor de mortalidad que viciaba el aire malsano. Los niños sollozaban entonces y se aferraban a los miembros de sus mayores, dejando caer las velas, y estuvimos a punto de quedarnos en completa oscuridad, salvo por aquella luz siniestra que brotaba lentamente de la tierra removida y se derramaba por los bordes de la tumba como una fuente.

Mientras tanto, mi hermana, agazapada en la tierra que se había extraído de la excavación, se había quitado las manos de la cara y miraba fijamente, con los ojos desmesuradamente abiertos, hacia un espacio oscuro entre dos toneles de vino.

—¡Ahí está, ahí está! —chilló, señalando—. ¡Dios del cielo! ¿No lo veis?

¡Y allí estaba, en efecto! —una figura humana, apenas discernible en la penumbra—, una figura que se balanceaba de un lado a otro como si fuera a caer, que se aferraba a los toneles de vino en busca de apoyo, había avanzado con paso inseguro y por un instante quedó al descubierto bajo la luz de las velas que nos quedaban; luego se tambaleó pesadamente y cayó de bruces sobre la tierra. En aquel instante todos habíamos reconocido la figura, el rostro y el porte de nuestro padre —muerto desde hacía diez meses y enterrado por nuestras propias manos!—, nuestro padre, ¡indudablemente resucitado y espantosamente borracho!

Sobre los pormenores de nuestra precipitada huida de aquel lugar horrible, sobre la extinción de todo sentimiento humano en aquella tumultuosa y frenética carrera escaleras arriba, por los peldaños húmedos y mohosos —resbalando, cayendo, tirando unos de otros hacia abajo y trepando unos sobre las espaldas de otros—, con las luces apagadas, iniños de pecho pisoteados bajo los pies de sus hermanos más fuertes y arrojados hacia atrás, a la muerte, por el brazo de una madre! Sobre todo esto no me atrevo a extenderme. Mi madre, mi hermano y mi hermana mayores y yo logramos escapar; los demás quedaron abajo, para perecer de sus heridas o de su terror —algunos, acaso, por las llamas. Pues, antes de que transcurriera una hora, los cuatro, tras reunir a toda prisa el dinero y las joyas que teníamos y la ropa que pudimos llevar, prendimos fuego a la vivienda y huimos, a su luz, hacia las colinas. Ni siquiera nos detuvimos a cobrar el seguro, y mi querida madre dijo en su lecho de muerte, años después, en tierra lejana, que ese fue el único pecado de omisión que pesaba sobre su conciencia. Su

confesor, un santo varón, le aseguró que, dadas las circunstancias, el Cielo perdonaría la negligencia.

Unos diez años después de que nos alejáramos de los escenarios de mi infancia, yo, ya entonces un falsificador próspero, regresé disfrazado al lugar con la intención de obtener, si era posible, cierto tesoro de nuestra propiedad que había quedado enterrado en el sótano. Puedo decir que no lo conseguí: el hallazgo de numerosos huesos humanos entre las ruinas había puesto a las autoridades a cavar en busca de más. Habían encontrado el tesoro y se lo habían quedado por su honradez. La casa no había sido reconstruida; todo el arrabal era, de hecho, una desolación. Se habían denunciado por aquellos parajes tantas visiones y sonidos sobrenaturales que nadie quería vivir allí. Como no había nadie que me interrogara ni me molestara, resolví satisfacer mi piedad filial contemplando una vez más el rostro de mi amado padre, por si en verdad nuestros ojos nos habían engañado y él seguía en su tumba. Recordé, además, que siempre había llevado un anillo de diamante enorme, y, como no lo había vuelto a ver ni había oído hablar de él desde su muerte, tenía razones para pensar que quizá lo llevara puesto en la tumba. Tras hacerme con una pala, no tardé en localizar la tumba en lo que había sido el patio trasero, y me puse a cavar. Cuando había bajado cerca de un metro y veinte, todo el fondo de la tumba se desplomó y me precipité en una gran alcantarilla, cayendo por un largo boquete abierto en su bóveda desmoronada. No había cuerpo, ni vestigio alguno de él.

Incapaz de salir de la excavación, me arrastré por la alcantarilla y, tras retirar con cierta dificultad una masa de escombros calcinados y mampostería ennegrecida que la obstruía, emergí en lo que había sido aquel fatídico sótano.

Todo quedó claro. Mi padre, sea lo que fuere lo que lo dejó «indispuesto» durante la comida (y creo que mi santa madre habría podido arrojar alguna luz sobre el asunto), había sido, sin lugar a dudas, enterrado vivo. Como la tumba se había cavado por accidente justo encima de la alcantarilla olvidada, y casi hasta la

clave de su bóveda, y no se había empleado ataúd alguno, sus forcejeos al volver en sí habían roto la mampostería podrida, y había caído a través de ella, escapando finalmente al sótano. Sintiendo que no era bien recibido en su propia casa, pero sin tener otra, había vivido en un retiro subterráneo, testigo de nuestra economía y pensionista de nuestra providencia. Era él quien se había comido nuestra comida; era él quien se había bebido nuestro vino: ¡no era mejor que un ladrón! En un momento de embriaguez, y sintiendo, sin duda, esa necesidad de compañía que es el único vínculo de simpatía entre un borracho y el resto de la humanidad, había abandonado su escondite en un instante extrañamente inoportuno, acarreando las consecuencias más deplorables a quienes le eran más próximos y queridos: un desatino que casi tenía la dignidad del crimen.

Una tumba sin fondo

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB